

UN ECCE HOMO DE GREGORIO FERNANDEZ

A medida que vamos conociendo la personalidad artística de Gregorio Fernández nos damos cuenta de que faltan eslabones en la cadena que enlace al genio con sus seguidores e imitadores. Este era el caso de las esculturas de Ecce Homo que conocíamos como obras de sus discípulos¹ y que podían hacer nos pensar en un prototipo perdido del maestro.

En la antigua iglesia de Trinitarios Descalzos de Valladolid, hoy parroquia de San Nicolás y en el retablo del lado de la Epístola de su crucero, ha permanecido olvidada una bellísima escultura de Ecce Homo que hoy atribuimos al gran imaginero.

García Valladolid² recogió la atribución tradicional reuniendo otros datos de interés en torno a las vicisitudes que sufrió el emplazamiento de la imagen. Sin embargo, Agapito y Revilla, buen conocedor de la escultura barroca castellana, a pesar de la escasez de medios que la época le brindó, dudando del juicio estético tradicional, afirmó que en ella «no se observa ninguno de los rasgos característicos de Fernández»³; muy posteriormente don Gratiniano Nieto⁴ apuntó la posibilidad de que «pudiera ser de Gregorio Fernández».

En honor a la verdad hay que decir que la escultura estaba materialmente oculta por un manto de terciopelo rojo que contribuía, al igual que la corona de hierro, la caña y el cordón que hace las veces de soga, a dramatizar el motivo representado. Otro elemento que podía hacer adelantar la fecha de esta escultura en un examen poco inquisitorio es el paño de pureza que no fue tallado por el artista, sino que ha utilizado tela encolada, cuyas arrugas pudieron hacer pensar en los pliegues de corte de cuchillo de los escultores del siglo XVIII. Quizá sea ésta una de las primeras ocasiones en que Fernández utiliza este tipo de postizo⁵.

La escultura que hoy damos a conocer, aparte de constituir cabeza de serie, verdadero prototipo, es una de las obras de mayor calidad de Fernández; un Fernández todavía joven —lo podemos fechar hacia los años 1612-1615—

¹ Un Ecce Homo en la iglesia de San Juan de Leirán de Valladolid, otro en el Museo Nacional, otros en Renedo, Fuensaldaña, etc.

² GARCÍA VALLADOLID, G. G., *Valladolid. Sus recuerdos y sus grandezas*, t. II, Valladolid, 1901, p. 203.

³ AGAPITO Y REVILLA, J., *La obra de los maestros de escultura vallisoletana*, t. II, Valladolid, 1929, p. 80.

⁴ NIETO GALLO, G., *Guías artísticas de España. Valladolid*, Barcelona, 1954, p. 114.

⁵ URREA FERNÁNDEZ, J., «Un Crucifijo de Gregorio Fernández», *A. E. A.*, 1973, en prensa.



Valladolid. Iglesia de San Nicolás. Ecce Homo por Gregorio Fernandez.

rebosantes de clasicismo, recreándose en la talla, en las calidades que sabe imprimir al desnudo en el que se aprecia no sólo el músculo sino la misma piel, con una riqueza de puntos de visión extraordinaria (quizá constituyó en su día paso procesional) sin insistir demasiado en lo dramático y deteniéndose casi tan sólo con complacencia en el cuerpo del Salvador.

Su estado de conservación es excelente, incluso muestra la policromía original, a pulimento, como en sus obras juveniles, y sólo el cabello y la rizada barba han sufrido repintes. Su estatura es de tamaño del natural (1,68 m.).

Al proponernos en otro momento hacer un detenido estudio de esta obra, tratando de documentarla y situarla dentro de la producción del maestro, queremos tan sólo aquí adelantar su conocimiento, volviendo a repetir que marca un hito fundamental en el conocimiento de la escultura barroca española.—JESÚS URREA FERNÁNDEZ.

EN TORNO A PALOMINO

En espera del momento en que aparezca la monografía exhaustiva sobre Acisclo Antonio Palomino, convendrá ir aportando notas y obras que faciliten el conocimiento de la personalidad pictórica española más interesante del último tercio del siglo XVII y principios del siguiente siglo.

Recientemente Pérez Sánchez¹ ha iniciado, seriamente, caminos para el estudio de este artista, abriéndose paso a través de una bibliografía, que en algún caso, carecía de fundamento. Nos proponemos con estas breves notas, continuar modestamente su camino y facilitar la labor de la persona que confeccione su catálogo.

Durante la elaboración del inventario artístico de la Catedral de Palencia, tuvimos la fortuna de estudiar uno de los lienzos que nos ocupan. Se trata de una *Inmaculada* firmada por Palomino y conservada en la capilla de San Ildefonso².

Es ésta sin duda una de las más bellas y graciosas composiciones marianas realizadas por Palomino y de las que en el anterior artículo citado, se nos da una amplia muestra. Difiere de todas las hasta ahora conocidas por la belleza física que ha sabido inspirar en el rostro de la Virgen, parecido tan sólo al que aparece en los *Desposorios del Museo* de Pintura de Valladolid³.

¹ PÉREZ SÁNCHEZ, A. E., *Notas sobre Palomino, Pintor*. A. E. A., 1972, p. 251-269.

² El lienzo mide: 1,85 × 1,25 m.

³ GARCÍA DE WATTENBERG, E., *Catálogo del Museo de Pintura*. Valladolid, 1969, lám. 15. Fechado en 1695.